

seguir desde luego la tranquilidad por medio del trabajo, si así puedo merecerla.»

Y ascendieron ambos á la vision divina. Era aquella montaña la más alta del Paraiso, y desde su cima se descubria claramente el hemisferio de la tierra, que se dilatava hasta donde podia alcanzar la vista. No era más elevada ni en torno se extendia más la montaña á donde por diferente causa llevó el Tentador, hallándose en el desierto, al segundo Adan, para mostrarle todos los reinos de la tierra y las grandezas de cada uno.

Desde allí pudo contemplar en su propio asiento las ciudades de antigua ó reciente fama, las que eran cabeza de los más insignes imperios, desde los muros destinados á Cambalu, silla de Can del Caita, y desde Samarcanda, orillas del Oxo y trono de Temir, hasta Pequín, donde reinan los reyes de la China¹. De aquí corrió su vista hasta Agra y Lahor, propias del gran Mogol, y

(1) No estará de más recorrer con Adan los diferentes puntos que el Arcángel le va indicando, hasta abarcar ambos hemisferios, el del Antiguo y el del Nuevo mundo, porque, á favor de algunas aclaraciones, se comprenderá mejor la especie de itinerario que sigue Milton. Empieza por la region más antigua, el Asia, « por su parte septentrional, *Cambalu, residencia del Can*, y capital del Catai, provincia de Tartaria; por *Samarcanda, orillas del Oxo*, la ciudad principal de la Tartaria Zagataya, cerca del rio Oxis, *trono de Temir*, patria y corte del gran Tamorlan. Del norte, pasa al oriente y mediodia de la misma region, á Paquin ó *Pequín, residencia de los reyes de la China*, capital de esta region, que era la de los antiguos Sinas, mencionados por Ptolemeo. *De aquí pasa á Agra y Lahor*, las dos ciudades más notables del imperio del gran Mogol; al *Quersoneso Aureo*, es decir á Malaca, el promontorio más meridional de las Indias Orientales; á la *Ecbatana de Persia*, su capital primitiva, ó *Hispanan*, que lo fué posteriormente; á la ciudad *donde impera el kzar ruso*, el czar de Moscovia, *Moscon*, metrópoli que era de todas las Rusias; y donde ejerce su soberanía el *Sultan de Bizancio*, el gran señor de Constantinopla, ántes llamada Bizancio, hija del Turquestan, porque de esta provincia de Tartaria procedian los turcos: puntos todos pertenecientes al Asia, como que formaban la parte más importante de sus territorios.

Trasládase despues al África, y *aparecen ante su vista el imperio de Nego*, la Etiopía superior ó tierra de Abisinia, sometida á un soberano, llamado en la lengua de aquel país *Nego* ó rey, y por los europeos el preste Juan, *hasta su puerto más distante, Ereco, Ercoco* ó Erquico en el mar Rojo, fronterizo por el nordeste del imperio de Abisinia, y los *pequeños estados marítimos*, los reinos menores de la costa meridional, *Montbaza, Quíloa y Melinde*, próximos todos al Zanguebar, dilatada region de la Etiopía inferior, al este del mar de la India, colonia de los portugueses, y *Sofala, creida Ofir*, otro reino y ciudad del mismo mar, que Purchas y otros equivocaron con Ofir, de donde Salomon sacaba el oro, *hasta el reino del Congo*, que era asimismo un reino de la Etiopía inferior, en la costa occidental, como otros se hallaban en la oriental, y *Angola más hácia el sur*, otro país al mediodia del Congo. Y desde aquí, desde el *Niger*, que divide la Nigricia en dos partes, *al monte Atlas*, en lo más occidental de África, *á los reinos de Almanzor*, es decir, *á Fez y Sus, Marruecos, Argel y Tremecen*, todos ellos de Berberia.

De África pasa á Europa, y al lugar donde *Roma habia de dominar al mundo*; sobre la cual se detiene ménos por ser más conocida.

Vió también en su imaginacion—y no podia verla de otro modo, porque América estaba en la parte opuesta del globo,—*la opulenta Méjico*, en la América del norte, *imperio de Motezuma* y conquista de Hernan Cortés, y *Cuzco en el Perú*, de la América meridional, *espléndido trono de Atabalipa*, á quien Pizarro arrebató su cetro, y *la Guyana no despojada aún*, que pertenecia también á la América del sur, y que todavía no habia sido invadida ni conquistada, *á cuya principal ciudad*, llamada Manhoa, dieron *los hijos de Gerion*, es decir los españoles de Gerion, antiguo rey de España, el nombre de *El Dorado* ó ciudad del oro, por la abundancia que allí habia de este precioso metal.

Y así fué recorriendo Milton las cuatro partes del globo, descubiertas y por descubrir, entreteniéndose en una digresion que será más ó ménos oportuna, pero que indudablemente es un gran alarde de erudicion, y no carece de poesia.

hasta el Quersoneso Áureo, ó hácia Ecbatana la de Persia, despues Hispanan, ó á Moscou, donde es soberano el Czar de Rusia, y á Bizancio, dominada por el Sultan, que nació en el Turquestan. Pudo luego fijar sus ojos en el reino de Nego y su puerto más lejano, Erecco, y los pequeños estados marítimos de Montbaza, Quíloa, Melinde y Sofala, que algunos creen Ofir, hasta los reinos de Congo y Angola, más al mediodia; y trasladándose del rio Niger al monte Atlas, los imperios de Almanzor, de Fez, de Sus, de Marruecos, de Argel, y Tremecen. Y desde allí contempló á Europa, y el lugar en que Roma habia de dominar al mundo. Y allá en su imaginacion quizá descubrió también la opulenta Méjico, imperio de Motezuma, y el del Cuzco en el Perú, espléndido trono de Atabalipa, y la Guyana, no despojada aún, á cuya principal ciudad llamaron El Dorado los hijos de Gerion.

Mas para disponerle á representaciones más sublimes, Miguel levantó de los ojos de Adan el velo que habia puesto sobre ellos el falso fruto de que se prometió vista más perspicaz; y luego le purificó el nervio visual con eufrasia y ruda porque tenia mucho que ver, y le introdujo en él tres gotas de agua sacadas de la fuente de la vida. La virtud de aquellas yerbas penetró de tal manera hasta lo intimo de la vista intelectual, que precisado Adan á cerrar los ojos, quedó enajenado, cayendo todos sus espíritus en un éxtasis; por lo que el bello Ángel le asió de la mano y le hizo al punto volver en sí diciéndole:

«Adan, abre ahora los ojos, y contempla en primer lugar los efectos que tu crimen original ha producido en algunos de los que nacerán de ti; los cuales, sin embargo, no han tocado jamás al árbol prohibido, ni conspirado con la serpiente, ni delinquido con tu pecado²; pero, á pesar de ello, de ese mismo pecado heredan la corrupcion que ha de precipitarnos en acciones más violentas.»

Abrió los ojos Adan, y vió un campo que, labrado en parte, estaba lleno de haces de paja recién segada; el resto quedaba para pasto y rediles de los ganados. En medio, como marcando un limite, se alzaba un altar rústico, hecho de yerba, al cual llegaba de pronto un segador sudoroso, que depositaba en él las primicias de sus frutos, espigas verdes aún y tostados haces, pero revueltos, y segun más á mano los habia hallado. Inmediato á él se veia un pastor en acti-

(1) La *eufrasia* tenia la virtud de aclarar la vista, y así se llama también en inglés *eyebright* (aclara ojos); la *ruda* se usaba en los exorcismos; por lo que Shakespeare (*Rich. II. A. 3.º Esc. 4.º*) le da el nombre de *yerba de gracia* (herb of grace).

(2) Ni *pecado con tu pecado*, dice aquí Milton, conservando su sabor bíblico á la frase.

tud más humilde, cargado con los recentales más escogidos y mejores de su rebaño, y después de sacrificarlos, extendía las entrañas y la grasa sobre la leña ya preparada, rociándolas con incienso y practicando todos los demás ritos debidos. De repente bajó del cielo un fuego propicio sobre su ofrenda, y la consumió con presta llama, esparciendo al rededor un grato aroma; pero la ofrenda del otro no se consumió, porque no era sincera; lo cual le encendió en ira, y según estaba hablando con el pastor, le lanzó en medio del pecho una piedra que le dejó sin vida. Cayó, y cubierto de mortal palidez, exhaló el alma entre torrentes de sangre. Sobrecogido con aquel espectáculo el corazón de Adán, exclamó:

«Maestro mio: ¿Por qué ha sucedido tan gran desdicha á ese hombre humilde, que tan bien ha hecho su sacrificio? ¿Este premio reciben la piedad y una devoción tan pura?»

Y Miguel le respondió conmovido: «Esos dos son hermanos, Adán, y nacerán de tí. El injusto ha matado al justo, por envidia de que el cielo haya aceptado la ofrenda de su hermano; pero esa acción sanguinaria será vengada, y como tan meritoria la fe del otro, no quedará sin recompensa, aunque le ves morir aquí cubierto de polvo y sangre.»

«¡Ay! dijo nuestro padre. ¡Por esa acción y por esa causa! ¿Con que lo que he visto es la muerte? ¡Y por este medio volveré yo á la tierra nativa! ¡Oh espectáculo terrible, que no puede contemplarse sin repugnancia y asombro, ni considerarse sin horror, ni sentirse sin espanto!»

Á lo que contestó Miguel: «Ya has visto en el hombre la primera forma de la muerte; pero ¡cuán varias son las que toma, y cuántos los caminos que conducen á su horrible caverna, y todos ellos tristes! Es, sin embargo, más vaporosa para los sentidos á la entrada que interiormente. Unos, como acabas de ver, morirán por un golpe violento, otros por el fuego, el agua y el hambre, y muchos por la intemperancia en los manjares y en las bebidas. Ella propagará por la tierra crueles enfermedades, que en monstruosa multitud se ofrecerán á tu vista, para que comprendas cuántas miserias ha acarreado á la Humanidad el liviano apetito de Eva.»

Al punto apareció á su vista una mansión triste, repugnante, sombría, parecida á un lazareto, en la cual se veían amontonados gran número de pacientes, porque allí se juntaban todas las enfermedades, el horroroso espasmo, los agudos tormentos, el agonizante desmayo del corazón, toda especie de fiebres, las con-

vulsiones, las epilepsias, los rigurosos catarros, la piedra intestinal y las úlceras, los cólicos rabiosos, el infernal frenesi, la siniestra melancolía, la lunática demencia, la lánguida atrofia, con el marasmo, la hidropesía y la peste devastadora, y las dropsias, el asma y el reuma que destroza la trabazón de los miembros. Las toses eran crueles, amarguísimo los suspiros; la desesperación corría de lecho en lecho acosando á los enfermos, y sobre ellos blandía su dardo la muerte triunfante, pero retardando sus golpes, á pesar de que á todas horas la invocaban con afán como el supremo bien y la última esperanza.

¿Quién, ni aun el corazón más endurecido, hubiera contemplado con ojos enjutos espectáculo tan tremendo? Á Adán no le era posible, y lloró, á pesar de no haber nacido de mujer; predominó la compasión en lo más perfecto del Hombre, y por algún tiempo se entregó al llanto, aunque acudiendo á su mente más graves pensamientos, moderó su exceso, y así que recobró la palabra, volvió á sus exclamaciones:

«¡Oh miserable especie humana! ¡Á qué degradación has llegado! ¡Qué condición tan infeliz te está reservada! Más te valiera no haber nacido. ¿Por qué se nos ha impuesto? Si el que la recibe la conociese ¿cómo había de aceptar semejante oferta, y no rechazarla desde luego, prefiriendo quedar en un pacífico olvido? ¿Es posible que siendo el Hombre imagen de Dios, y habiendo sido formado tan bueno, tan preeminente, aunque después se haya hecho criminal, tenga que pasar por sufrimientos tan terribles á la vista, y al ánimo tan intolerables? ¿Por qué, conservando aún el Hombre parte de la semejanza divina, no había de estar libre de semejantes imperfecciones, preservándole de ellas el mismo respeto que se debe á la imagen de su Creador?»

«La imagen de su Creador, replicó Miguel, se apartó de ellos desde el momento en que se envilecieron al entregarse á sus apetitos desordenados; desde aquel punto se trocaron en la imagen de aquel á quien servían, del vicio brutal que indujo á pecar, sobre todo á Eva, y que los rebajó hasta el punto de hacerlos dignos de su castigo. Porque no es la imagen de Dios la que han afeado, sino la suya propia, y si alguien ha desvanecido esta semejanza, han sido ellos; y al convertir las saludables leyes de la pura naturaleza en horribles enfermedades, ellos se imponen un castigo justo, por no haber respetado la imagen de Dios que llevaban en sí mismos.»

«Reconozco esa justicia, dijo Adán, y me someto á ella; pero ¿no hay otro

medio ménos doloroso que estos, para llegar á la muerte y confundirnos con nuestro originario polvo?»

«Uno hay, respondi6 Miguel, que consiste en observar la regla de *No excederse*, de guardar templanza en lo que se come y bebe, procurándose el alimento preciso, no los deleites de la glotoneria; con lo que pasarán multitud de años sobre tu cabeza. Asi podrás vivir, hasta que, como el fruto maduro, vuelvas al seno de tu madre; y no serás arrancado violentamente, sino que te desprenderás con facilidad cuando estés sazonado para la muerte, es decir, en tu ancianidad; y entonces sobreviviendo á tu juventud y á tu robustez, se convertirá en débil y caduca y encanecerá tu belleza; y torpes ya tus sentidos, quedarán yertos para el gusto que ahora sientes en los placeres; y en lugar de ese espíritu juvenil, confiado y vivaz, se inyectará en tu sangre un humor melancólico, frío y estéril, que amenguará tu vigor y acabará por consumir todo el bálsamo de tu vida.»

Á lo que repuso nuestro primer padre:

«Pues bien: no esquivaré ya la muerte; no deseo prolongar mucho la vida; dispuesto estoy, por el contrario, á dejar cuan dulce y fácilmente me sea posible esta pesada carga, que debo tener sobre mi hasta que llegue el dia designado para libramme de ella; y esperaré tranquilamente mi disolucion.»

Y añadió Miguel: «No ames ni aborrezcas la vida, pero mientras te dure, esfuerzate en vivir bien. Si será larga ó breve, el cielo ha de decidirlo. Y ahora prepárate á presenciar otro espectáculo.»

Miró, y vió una espaciosa llanura llena de tiendas de varios colores: junto á unas pastaban rebaños de ganados; de otras salían voces de instrumentos que por sus acordes melodias indicaban ser órganos y arpas; y se descubria el que movia las teclas y pulsaba las cuerdas, cuya ligera mano recorria todos los sonidos desde el más bajo al más alto, produciendo resonantes fugas. En otro lado estaba un hombre trabajando en una fragua con dos pedazos de hierro y cobre que habia derretido, y encontrado ántes, ya porque un incendio casual abrasando algun bosque en cualquier montaña ó valle, y penetrando por las venas de la tierra, hubiese arrojado el ardiente metal por la boca de una concavidad, ya porque algun torrente hubiese expelido aquellas materias de las profundidades en que se hallaban. Con solo derramar el liquido en unos moldes que tenia ya preparados, forjó primero sus propias herramientas, y luego las que podian servir para liquidar ó labrar los metales mismos.

Después de estos, aunque no á mucha distancia, bajaron á la llanura desde la cima de los altos montes en que moraban, otros hombres de diferente raza. Indicaban en su apariencia ser hombres justos, que ponian su estudio en adorar sinceramente á Dios, en contemplar sus obras manifiestas, y en cuidarse de todo aquello que puede proporcionar á los hombres libertad y paz. Y no habian discurrido largo tiempo por la llanura cuando de pronto salen de las tiendas un tropel de mugeres bellisimas, ricamente ataviadas de joyas y galas seductoras, cantando al compás de las arpas dulces y amorosos cánticos y tejiendo vistosas danzas¹. Aquellos hombres, que permanecian graves, las miraron, fijaron en ellas sus ojos sin temor alguno, hasta que prendidos por fin en sus halagüeñas redes, cedieron á su encanto, y cada cual eligió la que le agradaba más; y en amantes coloquios se entretuvieron, hasta que apareció, precursora del amor, la estrella de la noche; y ardiendo entonces en fuego que los devoraba, encendieron las antorchas nupciales, y mandaron que se invocase al himeneo, que por primera vez se invocó en los ritos del matrimonio; y las tiendas todas resonaron en fiestas y ruidosas músicas.

Aquellos inefables coloquios y deleitosos arrobamientos del amor y de la juventud, que no malograban un sólo instante, aquellos cantos y lazos de flores y dulcisimas armonias, de tal modo interesaban el corazon de Adán, de cuyo inclinado al placer, irresistible propension de la naturaleza, que exclamó asi:

«Verdaderamente me has abierto los ojos ¡oh tú el primero de los ángeles benditos! Más grata me parece esta vision, y más esperanzas de pacíficos dias me ofrece, que las dos pasadas. En ellas todo era estrago y muerte y tormentos aún más terribles; en esta la naturaleza parece realizar todos sus designios.»

«No juzgues, le advirtió Miguel, que lo más placentero es lo mejor por más que parezca satisfacer á la naturaleza, y ménos debes juzgarlo tú, creado para fin más noble, más santo y puro, y más conforme con la divinidad. Esas tiendas que tan agradables te parecen, son el albergue de la perversidad, y en ellas

(1) Las alusiones encubiertas bajo esta alegoría son fáciles de interpretar. Después de estos, es decir de los descendientes del hermano menor, aunque no á mucha distancia, porque Cain habia sido desterrado á un país no lejano de aquel, bajaron á la llanura, donde vivian los Cainitas, desde la cima de los altos montes en que moraban, los montes próximos al Paraíso, otros hombres de diferente raza, la familia de Seth, completamente distinta de la de Cain. Indicaban en su apariencia ser hombres justos, que ponian su estudio en adorar sinceramente á Dios. De ellos hace mención la Escritura, atribuyéndoles el culto del verdadero Dios; y Josefo y otros escritores dicen que eran dados á los estudios de la filosofía natural, y especialmente de la astronomia; pero de su bajada á la llanura y de su corrupcion y trato con las hijas de Cain, los que más hablan son los escritores orientales, y especialmente los Anales de Eutiquio, de los que parece que tomó Milton estas ideas.